

CAPÍTULO X

Desasimiento de la familia y desapego de las criaturas

Al consagrarse a Dios, el Padre Champagnat sacrificó cuanto tenía en el mundo, para amarle y dedicarse única y exclusivamente a él. En adelante, pues, ya no se ocupó de las cosas terrenas, ni siquiera de sus parientes.

Aunque siendo seminarista pasaba las vacaciones con los suyos, se mantuvo al margen de sus asuntos materiales y se limitó a darles buen ejemplo, instruirlos y guiarlos hacia Dios.

Ya ordenado de sacerdote y en el ejercicio de su santo ministerio, sólo los veía ocasionalmente y cuando tenía que visitar a los Hermanos de la escuela de Marlies.

Su intención al abrazar el estado eclesiástico fue servir a la Iglesia y trabajar por la salvación de las almas, y no el ser útil a su familia. Por eso, aunque sus hermanos se hallaran en dificultades, nunca recibieron de él ayuda económica alguna; ni siquiera consentía que le distrajeran con sus asuntos temporales.

Pese a ello, uno de sus hermanos, que se hallaba en apuros, vino a verlo y le apremió tanto para que le prestara cierta cantidad de dinero, que el Padre, de corazón bondadosísimo y en extremo sensible, se dejó ablandar y le entregó la cantidad deseada. Pero apenas se había ido, se arrepintió de haberse dejado llevar del sentimiento familiar y, temiendo que esa debilidad pudiera servir de precedente a los Hermanos del Instituto, envió tras él a uno de la comunidad para reclamar la cantidad que acababa de prestarle, con la orden de no regresar sin ella. El buen Padre no quedó tranquilo hasta ver el dinero sobre la mesa de su despacho¹.

El desasimiento de la familia y el desapego de los bienes terrenos es la primera disposición que Dios infunde en el corazón de quienes llama a la vida religiosa; pues el desprendimiento es la base de la perfección evangélica². *Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, luego ven, y sígueme*³. *Si alguno viene a mí y no me prefiere a su padre y a su madre, y hasta a su propia vida, no puede ser discípulo mío*⁴.

Quien abraza la vida religiosa con auténtica vocación, trae siempre consigo esta disposición; desasido de sus parientes y de los bienes que deja en el mundo, sólo anhela entregarse totalmente a Dios. Tan convencido estaba el buen Padre de esta realidad que no dudaba en asegurar que normalmente se puede calificar la vocación de un joven por esta actitud. Por eso no confiaba en la perseverancia de aquellos que tenían apego excesivo a su familia o a lo que habían dejado en el mundo. “Para perseverar en la vida religiosa –decía–, hay que entrar en ella con cuerpo y alma, y no conformarse con entrar con un solo pie, como hacen quienes vienen sólo para ver, para probar, o que sienten pagar la pensión del noviciado.”

Un joven, que llevaba cierto tiempo con la idea de ingresar en el noviciado, por fin, después de muchas vacilaciones, se decidió y entregó la pensión completa del primer año de noviciado. Refiriéndose a él, dijo el Padre a uno de los Hermanos: “Ha venido con buena señal de vocación; desde ahora cuento con él.” Y al preguntarle el Hermano cuál era esa señal de vocación, le respondió: “Los trescientos francos que me ha entregado. Ese joven se los ha ganado; si no estuviera desasido de los bienes terrenos y decidido a perseverar, a pesar de las dificultades que espera encontrar en la vida religiosa, no haría el sacrificio de entregarlos.”

“Si se quiere ser feliz en comunidad –repetía con frecuencia el piadoso Fundador–, no se puede ingresar y vivir como criado, sino como hijo de la casa. La Sagrada Escritura nos enseña que *el hombre abandona a su padre y a su madre, para unirse a su mujer*.

Del mismo modo, el religioso, si quiere hallarse a gusto en su santo estado, si quiere disfrutar de los consuelos de la vida religiosa, debe abandonar padre y madre, hermanos, hermanas y cuanto tiene en el mundo, para unirse a los Superiores, a los Hermanos, al Instituto, que constituyen su familia. Por eso, quien no se entrega totalmente a su comunidad; quien no se esfuerza por adquirir los sentimientos de un hijo bien nacido, no es un religioso, sino un criado.

Ahora bien, ¿queréis saber qué diferencia hay entre el Hermano criado y el auténtico hijo del Instituto?

El Hermano *criado* considera al Superior como a un amo, un guardia que lo vigila. Por eso lo teme, lo rehúye y esquivo su presencia, le oculta su conducta y con mayor motivo sus defectos, desconfía de él e imagina que el Superior lo maltrata, le tiene ojeriza, que lo fastidia y reprende sin motivo.

El Hermano *criado* considera a los demás Hermanos como extraños; por eso los trata sin caridad, delicadeza, cortesía, ni miramientos. Exclusivamente centrado en sí mismo y en sus intereses, se reserva siempre lo mejor, lo menos duro, sin preocuparse de si los demás sufren o se hallan agobiados o necesitados.

El Hermano *criado* le tiene sin cuidado el bien de la comunidad, le importa muy poco su prosperidad o su ruina; por eso cumple su empleo por compromiso; no tiene interés ni abnegación por el bien común; es derrochador, le da igual que se echen a perder las cosas, y deja deteriorarse el ajuar y los enseres que se le han confiado por no tomarse la molestia de tratarlos con cuidado.

El religioso que es *hijo de la casa* obra de modo totalmente distinto. Considera al Superior como padre; tiene fe ciega en sus palabras y se fía totalmente de él. Convencido de que el Superior sólo desea y buscaba su bien, recibe sus advertencias y reprobaciones como pruebas de afecto y señal de amistad sincera.

Lejos de ocultar y disimular los propios defectos, es el primero en dárselos a conocer; no queda satisfecho hasta que el Superior conoce las circunstancias de su proceder y sus penas interiores.

El religioso que es *hijo de la casa* mira a los miembros del Instituto como a hermanos; por eso se afana en ayudarlos, aliviarlos y prestarles servicio; en todo los apoya, los sostiene, los defiende y disculpa y oculta sus defectos.

El religioso que es *hijo de la casa* a nada quiere tanto después de Dios como a su Instituto, ni desea tanto como verlo prosperar, es decir, desarrollarse, mantener su espíritu, alcanzar su finalidad, preocupado como está de la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sintiendo, con razón, corresponsable del Instituto, se esfuerza en dar siempre y en todas partes ejemplo de regularidad, piedad, docilidad, buen espíritu y entrega. No teme el trabajo ni la fatiga con tal de conseguir el éxito de las escuelas y la buena administración de las temporalidades. No retrocede ante ningún sacrificio cuando se trata del bien común, de la ejemplaridad, de la utilidad de los Hermanos o del servicio al Instituto.

Sólo el religioso que tiene sentimientos y espíritu de familia encuentra en la vida religiosa el céntuplo de bienes y la satisfacción prometidos por Jesucristo⁵. Como sólo vive para su Instituto, se desvive por el bien de sus Hermanos y no deja ocasión alguna de serles útil y agradecerles. Ellos le corresponden y le devuelven centuplicado lo que les da: lo estiman, se sacrifican por él, le están agradecidos y tiene tantos servidores, o más bien, tantos Hermanos y amigos como miembros el Instituto.

En cuanto al Hermano *criado*, no sólo no recibe el céntuplo, sino que ni siquiera halla en la vida religiosa satisfacción y gusto alguno. Como no ama realmente a ninguno de sus Hermanos y vive como un egoísta, no cuenta con la simpatía de nadie: lo soportan, tratan de no ofenderlo porque así lo exige la caridad cristiana, pero tampoco recibe las atenciones y delicadezas que niega a los demás, ni los sentimientos de una amistad que no comprende y para los que no está hecho su corazón. Por eso no dudo en afirmar que no hay hombre más desgraciado que el religioso sin espíritu de familia, es decir, el que no se ha entregado al Instituto, que reserva su afecto para los de fuera y vive en comunidad como un extraño, como quien tiene su corazón y su tesoro en otra parte.”

* * *

“El desasimiento de la familia –decía en otra charla– es algo tan indispensable a un religioso que, si llega a perder este valor, abre su corazón al amor humano, y pierde con ello el espíritu religioso y el amor a su vocación. Siempre he observado que quienes están excesivamente apegados a sus parientes lo están demasiado poco a su vocación; que quien se ocupa mucho de sus familiares, se preocupa muy poco de su perfección e incluso de su salvación. Muchos religiosos se han perdido por una falsa compasión para con sus padres. Algunos, después de haber apostatado⁶ con la disculpa de atenderlos, sólo han contribuido a arruinarlos por sus despilfarros y amargarles la vejez por su conducta desordenada.”

“Uno de los lazos más peligrosos del demonio es inducir a un religioso a ocuparse de los asuntos temporales de sus deudos, o, por falsa compasión, a exagerar sus necesidades y creerse obligado a ayudarlos por métodos no conformes con la vida religiosa. El enemigo de la salvación llega incluso hasta hacer creer a algunos que pueden abandonar su vocación para atenderlos. Es evidente que un hijo está obligado a atender a sus padres cuando se hallan en extrema necesidad, pero son casos excepcionales los de aquellos religiosos obligados a abandonar su vocación para cumplir esta obligación. Efectivamente, para que se dé el caso, en opinión unánime de los teólogos⁷, se requiere:

1.º Que la necesidad de los padres sea extrema.

2.º Que no se halle otro medio de atenderlos.

3.º Que el religioso, que abandona su vocación, esté seguro de poder serles útil.

4.º Que para ello no siga su propia inclinación, su voluntad –y no sea él el juez de la situación de sus padres ni de los medios de ayudarlos–, sino que se guíe por el parecer del Superior, que es el único que tiene derecho a decidir lo que el religioso debe hacer y cómo ha de ayudar a sus padres.⁸

5.º Que regrese a la vida religiosa en cuanto se haya remediado, por fallecimiento o por cualquier otro motivo⁹, el problema de sus padres.”

* * *

Un Hermano pedía autorización para retirarse con la disculpa de atender a su madre viuda y sin más hijos que él. Inútilmente le advirtió el Padre que se trataba de una tentación del demonio, que, envidioso de su forma de vida, quería precipitarlo en el mundo, donde, debido a su debilidad e inclinaciones, naufragaría tristemente su virtud; y, además, que en vez de ser útil a su madre, necesariamente iba a entristecerla y hacerla desgraciada. La previsión del Padre se cumplió. Después de haber salido, el joven ni siquiera se fue a casa de su madre; por el contrario, pasó varias veces por delante de la casa paterna sin entrar, y la pobre madre se enteró de la salida de su hijo por las habladurías que provocó su mala conducta entre la gente.

Otro Hermano, que sentía tentaciones de abandonar la vocación para consolar a su madre en la ancianidad, venía a ver con frecuencia al Padre Champagnat para exponerle

su situación y rogarle que le diera permiso para retirarse. Después de animarle varias veces a luchar contra tal tentación, el piadoso Fundador terminó diciéndole: “¿Sabe, Hermano, cómo debe considerar su vocación? ¿Se preguntó alguna vez a quién se la debe? Veo que mis preguntas lo desconciertan, no responde a ellas. Pues bien, como conozco a su familia, voy a decirle lo que pienso. Su vocación, a mi juicio, es el premio a la piedad y virtud de su madre. Dios le ha concedido la gracia de tener un hijo religioso; en su designio misericordioso ha querido que usted fuese motivo de bendición para su familia.

Si abandona la vocación, privará a su buena madre del premio a su virtud, le quitará la gloria de haber entregado a la Iglesia a uno de sus hijos y se convertirá en causa de perdición para su familia. Al ir a cuidar a su madre, no hará un acto de piedad filial, sino de ingratitud para con ella. Ahora vea qué va a hacer; yo no puedo eximirle de la responsabilidad de seguir su vocación: Dios es quien lo ha llamado a la vida religiosa, con él ha hecho sus compromisos y él es quien le va a pedir cuentas.”

El Hermano, conmovido por tales reflexiones, se arrojó a los pies del piadoso Fundador y exclamó: “Tiene razón, Padre. A los buenos ejemplos y a la piedad de mi madre debo mi vocación. He sido infiel a la gracia porque soy cobarde, por temor al esfuerzo, porque he escuchado demasiado la voz de la carne y de la sangre. En lo sucesivo no va a ser así: le prometo no hacer caso de la tentación y trabajar con todas mis fuerzas para llegar a ser un buen religioso.”

Cumplió lo prometido; y en adelante no sólo no titubeó en su vocación, sino que vivió como un religioso fervoroso.

“Un religioso –decía el Padre Champagnat–, cuando se apega demasiado a sus padres y se inmiscuye en sus negocios temporales, no sólo perjudica su vida espiritual, sino que compromete también el interés de su familia; pues a menudo Dios castiga al religioso permitiendo que los asuntos, en los que interviene contrariamente a su vocación, vayan de mal en peor y terminen en fracaso. Un Hermano es mucho más útil a su familia despreocupándose de ella, llevando una vida de piedad y desprendimiento, que tratando de ayudarla a prosperar en el mundo.

San Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, viviendo como santos religiosos, han contribuido más a la prosperidad y grandeza de sus familias¹⁰, que si hubiesen empleado la vida en preocuparse de sus intereses temporales. La virtud y santidad de ambos es lo que ha dado brillo a su linaje; sin ellos, las familias Kostka y Gonzaga estarían hoy sumidas en el olvido.”

Un Hermano que había empezado dando señales de auténtica vocación y que había sido durante mucho tiempo piadoso y regular, empezó a sentir un vivísimo afecto por sus familiares. Los llamaba a la escuela, de donde era Director, y se preocupaba de todos sus negocios. Estas primeras faltas fueron seguidas, como suele suceder casi siempre, de otras más graves: les prestó dinero a escondidas e hizo gastos por ellos.

Cuando el Padre Champagnat se enteró de ello, se sintió profundamente afectado. Con suma bondad hizo ver al Hermano lo reprobable de su conducta y la magnitud de su falta por quebrantar el voto de pobreza. Esta corrección fue bastante bien recibida, pero la falsa compasión que este religioso profesaba a sus padres, le hizo reincidir, y en esta ocasión con mayor gravedad. El Padre llamó de nuevo su atención con caritativa suavidad, pero también con enérgica firmeza; y le aseguró que si no se corregía, algo malo le iba a pasar tanto a él como a sus familiares.

Desgraciadamente, así fue. El Hermano, después de una nueva falta, abandonó la vocación y se retiró a casa de su hermano. Poco después, éste, a quien tan desordenadamente había querido, y por el que había sacrificado su conciencia y su vocación, le robó cuanto tenía y lo echó de casa. Unos años después, el religioso apóstata cayó enfermo, hizo testamento en favor de su hermana, y murió después de haber sufrido

mucho. Su hermano entabló proceso contra la hermana a causa del testamento por él ambicionado, y llegó a calumniar a su difunto hermano ante los tribunales, presentando testigos falsos, a los que había sobornado. Pero allí le aguardaba la justicia de Dios, que no le dejó tiempo para ver terminado el asunto. Como consecuencia de los esfuerzos y caminatas que tuvo que dar para ganar el pleito, contrajo una pleuresía, que en pocos días lo llevó al sepulcro, sin que pudiera confesarse ni recibir los sacramentos.

Así, este desdichado religioso, por excesivo apego a su familia, quebrantó sus votos, perdió la vocación, vivió y murió en medio de terribles angustias, sembró la desolación en la familia, incitó al robo a su hermano, fracasó en sus negocios, y, lo peor del caso, se puso en grave peligro de perder su alma. De ese modo se cumplió la amenaza del Padre Champagnat: “Si no se corrige, le irá mal a usted y a su familia.”

- ◆
-
- ¹ Dice el Hermano Avit: “Fue a Juan Bartolomé a quien el piadoso Fundador prestó 500 francos, e inmediatamente envió al Rosey a Felipe Arnaud para reclamarlos” (AA, pág. 17).
- ² “El mayor obstáculo a la vocación de los religiosos son sus parientes... Los maestros de la vida espiritual exhortan a quienes quieren alcanzar la perfección, a que dejen a sus parientes y no se inmiscuyan en sus negocios” (A.M. DE LIGORIO, *La religiosa santificada*, vol. 8, cap. X (1), pág. 252). De santa Teresa, citada en el mismo capítulo: “¿Cómo puede usted, que ha dejado el mundo para alcanzar la santidad, desear que vengan a visitarla con tanta frecuencia?” (Íd., pág. 255). Cfr. Santo Tomás, 2-2, q. 189, 10 ad 2.
- ³ Mt 19, 21.
- ⁴ Lc 14, 26.
- ⁵ Mt 19, 29.
- ⁶ Según el Hermano Juan Bautista, “apostatar de la vocación es dejarla cuando ya no es propiamente un consejo, sino un precepto, es decir, después de la profesión” (ALS, cap. III, pág. 37) (CM III, cap. 3, pág. 41)
- ⁷ Santo Tomás 2-2, q. 101, a. 4. q. 189, 6 ad 1.
- ⁸ Citando a san Jerónimo: “¡Cuántos religiosos se han perdido por haberse compadecido de sus padres!” (*La religiosa santificada*, vol. 8, cap. X (7), pág. 258). “Como sucede con demasiada frecuencia que algunos religiosos dejan la vida religiosa para ir, dicen, a atender a sus padres en el mundo, es conveniente señalar que normalmente no es éste el motivo que los impulsa y les hace infieles a su vocación” (PPC, parte segunda, tratado V, cap. 7).
- ⁹ El Padre Champagnat se desvivió por los que se hallaban en auténtica necesidad. He aquí dos ejemplos: “Recibe en el Hermitage, en el asilo para ancianos, a los padres del Hermano Ligorio” (AA, pág. 300). “Recibe asimismo en el Hermitage a su propio hermano Juan Pedro y a cuatro de sus hijos que fueron enterrados en nuestro cementerio” (AA, pág. 18).
- ¹⁰ Cfr. Padre Meschler, S.J., en la vida de san Luis Gonzaga. Traducción del alemán al francés, por Lebréquier. Éd. Lethielleux, París, 1927, págs. 382-385.